

## Manuel Belgrano, drama y figura

LEÓN POMER

Nacido en Buenos Aires un 3 de junio de 1770, en un hogar con 11 hijos y riqueza, su padre italiano y su madre criolla santiagueña cuidaron de que sus vástagos masculinos adquirieran los saberes eruditos propios del tiempo, del lugar y de la capacidad económica familiar. De las hijas, puede decirse que llegaron a estar “bien casadas”; una de ellas vivía en España con un alto funcionario de la burocracia real llamado Calderón de la Barca.

En su adolescencia, Belgrano cursó tres años de filosofía en el Colegio de San Carlos de la capital virreinal; posteriormente fue enviado a España con su hermano Francisco: estudió derecho en la universidad de Salamanca. Su graduación aconteció en 1793, cuando la Revolución Francesa cumplía cuatro años de vida y de agitar temores y vendavales de esperanzas. Una intensa vida intelectual lo llevó a frecuentar ámbitos conmovidos por el giro que estaba tomando Europa. En su *Autobiografía* declara la enorme influencia que la Revolución tuvo sobre su pensamiento y su acción: “se apoderaron de mi (las ideas. L.P.) de *libertad, igualdad, seguridad*, y solo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre goce de los derechos que Dios y la naturaleza le han concedido”. Fue un tiempo de intensas emociones. Un mundo parecía derrumbarse y otro emergía violento, fascinante y terriblemente prometedor: un momento estelar de la historia estaba aconteciendo, pero en su vida personal no todo lucía bien. Lamentablemente un drama familiar requería su atención y preocupación. Su padre, Domingo Belgrano y Peri, acusado de defraudar la aduana de Buenos Aires, había sido recluido en prisión domiciliaria y su fortuna había sido confiscada. Gran parte de la residencia en España de Manuel del Corazón de Jesús Belgrano fue dedicada a deambular por despachos oficiales,

labogando por su progenitor, presentando escritos redactados por su madre. Pero eso no obstó a que sus intereses intelectuales se manifestaran activa e intensamente.

Ese joven apuesto, rubio, de ojos azules y rostro germánico, según alguien que lo conoció, confesó cuando ya un hombre maduro que, más que a la carrera “que había ido a emprender”, dedicó sus preferencias intelectuales al estudio de los idiomas vivos, la economía política y el derecho público: aprendió francés, inglés e italiano, y en su biblioteca tenía obras en latín. De los dos primeros quedan traducciones suyas al castellano. Fue aceptado en la Academia de Economía Política de Salamanca y solicitó la venia papal para acceder a bibliografía prohibida, incluso a obras de herejes, que le fue concedida. Entre tanto, en pleno proceso revolucionario, visitó Francia e Italia; en España recorrió Castilla, León y Galicia. Estudió intensamente economía política, particularmente a Quesnay, del que haría una traducción. Las ideas de este médico francés devenido en famoso economista aparecerían en las *Memorias* anuales que redactó como secretario del Consulado. Contratado por la corona en reconocimiento, se supone, de su saber económico, se desempeñó durante siete años como funcionario de una institución fundada para lidiar con el comercio y los comerciantes. Los avatares que sacudieron Buenos Aires desde 1810 cambiarían radicalmente su vida. Inesperadamente, sería vocal de la llamada Primera Junta, y poco después, general en jefe de un ejército. Había hecho su estreno bélico en las Invasiones inglesas. Como hijo de la clase alta porteña, ganó un grado de oficial, sin que sus conocimientos militares lo justificaran: era una costumbre de la época. En ese Buenos Aires mercantilizado los pobres no pasaban de ser soldados, mientras que los ricos mercaderes (Pueyrredón era uno de ellos) devenían en militares sin tener demasiadas nociones sobre el arte de la guerra.

En 1802 había iniciado una relación sentimental con María Josefa Ezcurra, cuñada de Juan Manuel de Rosas; de ella nace Pedro

Rosas y Belgrano, un hijo que Manuel no reconoció. Al parecer, hacerlo hubiera revelado el pecado de la madre, entonces casada con un marido que residía en España. Rosas cubrió el escándalo adoptando al niño, dándole su apellido y preservando el de Belgrano. Un padre soltero era más aceptable por la sociedad. En 1812 María Josefa lo siguió a Salta con el niño de ambos. En 1816 el maduro general Belgrano conoció a la quinceañera tucumana María Dolores Helguera y Liendo. El padre de la niña no quería de yerno a un hombre de 46 años. Tres años más tarde, sin haberse consumado un matrimonio legal, nació María Mónica, hija que Belgrano reconoció.

Pasó sus últimos años de vida en un cuartel tucumano; su vivienda era una construcción humildísima, rústica. Estaba muy enfermo. Tenía 50 años. Varios males simultáneos mordían su cuerpo: hacía añares que la salud le era esquiva. Ahora el final se aproximaba. Lo trasladaron a Buenos Aires en un estado que se anunciaba terminal. Murió en una deplorable soledad porteña. Cerró sus ojos en la casa donde nació. Lo acompañaban solo los fantasmas del pasado.

## Una realidad caprichosa

El 19 de agosto de 1810, la Junta constituida en Buenos Aires oficiaba simultáneamente y en los siguientes términos al Cabildo de Asunción, al gobernador Velazco y al obispo del Paraguay: “La Junta requiere a V.S., por última vez que se una a la capital, que dexé obrar al pueblo libremente, que reconozca la dependencia establecida por las Leyes, y que promueva la remisión del Diputado, para la celebración del Congreso que debe tranquilizar a estas provincias. Si V.S. persiste en su pertinacia será responsable ante Dios y el Rey de los males que se preparan”. Esta intimación, leída, sentida y entendida como descomedida, por aquellos en cuya memoria estaba presente el perjuicio económico inferido a la provincia guaraníca, cuando subordinada al mando virreinal, era suficiente para enconar celos y obstruir posibles coincidencias

entre ambas partes, lo que era agravado por sanciones económicas coercitivas para acentuar la presión. De aquí en más, comenzaría lo que puede calificarse de una lección que habrían de recibir los miembros de la Junta, entre los cuales estaba Belgrano, con 40 años de edad en el décimo del siglo.

La política paraguaya, elaborada apresuradamente por la Primera Junta, daba por ciertos varios supuestos: aquel pueblo clamaba por liberarse de los grilletes que lo privaban de la libertad; anhelaba depender de Buenos Aires, como lo sancionaban las leyes y las viejas costumbres. La autoridad colonial era el obstáculo que el “partido paraguayo de la libertad” quería remover. Para lograrlo, precisaba del auxilio del novel gobierno porteño. Y aquí cabía preguntar: ¿la Junta porteña, utilizando un lenguaje autoritario y conminatorio, en qué diferenciaba sus propósitos liberadores de la arrogante parla virreinal, producto de una autoridad caduca de una monarquía cancelada? Paraguay pretendía ser tratado como un igual. En esos comienzos que marcaba Mayo, nadie parecía repudiar públicamente a Fernando VII. De modo que Buenos Aires (la reciente Primera Junta) simplemente pretendía mandar sobre Paraguay. Era inaceptable. Caducada la autoridad del Virrey, todos los subordinados se calificaban como iguales, sin que ninguno debiera asumir la condición de conductor y mandadero del resto. ¿Con qué derecho? Los mandatarios paraguayos y otros que no lo eran aspiraban a decidir por sí mismos: continuar fieles al Poder de una corona sin poder o emprender otros derroteros. Las opiniones estaban divididas. En una confrontación de antagonismos, la voluntad de autonomía estaba más que latente.

En Buenos Aires, Manuel Belgrano era funcionario del Consulado desde 1794: dieciséis años más tarde, un día de mayo, saldrá abruptamente de la penumbrosa carrera burocrática cuando, “sin saber cómo ni por donde”, se vio designado vocal de la Junta gubernativa, la Segunda, nominada Primera y expurgada del Virrey, que era parte de aquella otra. Convocado “por amigos” para integrar el nuevo órgano de gobierno, aún no imaginaba el vuelco radical que daría su vida. Cabe pensar que en ese

momento la Revolución Francesa, que vivió de cerca en España y en la propia Francia, y había conformado las ideas que lo guiarían el resto de sus días, reaparecería como inspiración y potencia. Recientemente había complotado en favor de la princesa Carlota Joaquina, refugiada en Brasil de las iras napoleónicas que tenían prisionero a su hermano, Fernando VII de España, y ocupado militarmente Portugal.

En cuestión de meses, Belgrano se verá al frente de una expedición militar destinada a hacer entrar en razones al Paraguay, “oprimido por el gobernador Velazco y unos cuantos mandones”, y a la Banda Oriental, provincias del virreinato que no reconocían a las nuevas autoridades porteñas. El coronel Espínola, enviado por la Primera Junta a la provincia guaraní para auscultar el ambiente político, tras regresar a Buenos Aires contó que con “200 hombres era suficiente para proteger el partido de la revolución”. La Junta decidió formar un cuerpo de ejército, ponerlo bajo la jefatura de Belgrano y enviarlo a establecer su dominio sobre los dos focos “españolistas”, cada uno con sus propias razones, que no eran las mismas. Al parecer, la Junta no supo o no dio crédito a la noticia que Espínola (que era paraguayo): “tuvo que escaparse a uña de buen caballo” de su tierra natal, perseguido por sus propios paisanos. No era el tal coronel observador o palabra confiable, pero sus dichos fueron aceptados como buenos: “allí había un gran partido por la revolución”. Los hechos revelarían no la voluntad paraguaya de continuar siendo colonia, sino de gobernarse con total autonomía, lo que implicaba liberarse de España y de la tradicional y perjudicial subordinación a Buenos Aires. Autonomía era la clave para explicar la oposición armada a los 1200 mal preparados hombres puestos bajo el mando de Belgrano, que fueron derrotados por una tropa improvisada compuesta por 6000 individuos reclutados rápidamente.

En su *Autobiografía*, relata el prócer que en la Junta había “cabezas acaloradas” (la suya era una de ellas) para las que nada era difícil tratándose de libertad. Se basaban en las noticias traídas por Espínola y algún otro oscuro informante asunceño:

un producto que se reveló totalmente erróneo por imaginario, o mal entendido e interpretado. Acontecimientos posteriores revelaron que el gobernador Velazco distaba de representar los puntos de vista de la oficialidad militar: sería separado de su cargo sin mediar violencias. Los emisarios de la ex capital virreinal creían que serían acogidos en las provincias como libertadores, y que sus fuerzas armadas serían engrosadas por los lugareños de cada poblado o comarca. El 22 de setiembre de 1810 don Manuel recibió la orden de someter la provincia guaraní y ejecutar al gobernador Velazco, al obispo, a los españoles y a los españolistas. Casi un mes más tarde, el 20 de octubre, le escribió a Mariano Moreno desde Bajada de Paraná, posteriormente Paraná. Se siente fuerte: “créamelo usted, amigo mío, su Belgrano hará temblar a los impíos que quieren oponerse a nuestro gobierno”. Su confianza en los soldados que mandaría (estaba organizando su ejército) era absoluta: “gente cuyo ejemplo irá entusiasmando a cuantos los rodeen”. Desbordaba de optimismo: “Deje usted a mi cuidado el dejar libre de Godos el país de nuestra dependencia”. Prometía: “no quedará un fusil, ni un solo hombre malo en la provincia del Paraguay”. Realizada la tarea, pasaría, con una rapidez “que será como la del rayo”, a Montevideo, para “reducir a nada” a los “insurgentes”. Es más, si su pariente Castelli precisara refuerzos en el Alto Perú, estaba dispuesto a mandar desde Asunción “alguna gente de socorro”. Poco más tarde le dijo a Moreno: “estoy cierto que batiré a unos y otros”. Belgrano estaba exultante. Pero la realidad habría de castigarlo: no coincidía con sus persuasiones del momento. Poco después estamparía con no poca amargura: “¡en qué profunda ignorancia vivía yo del estado cruel de las provincias interiores”. Se le había desplomado encima el desengaño.

Iniciada la marcha al frente de su ejército, aparecieron ciertos males en la tropa bisoña; el peor de ellos, la insubordinación. Era un ejército improvisado. En su opinión, el jefe de armas, don Cornelio Saavedra, “no sabía lo que eran milicias, y así creyó que el soldado sería mejor dejándole hacer su gusto”. Y en seguida agregó: “Siempre nuestro gobierno, en materia de milicia, no ha

dado una en el clavo”.

Antes de partir de Buenos Aires, en agosto ya “entreveía en la Primera Junta una semilla de división, que yo no podía atajar”. Pero se consolaba: “los americanos, solo oír libertad aspirarían a conseguirla”. Ya en camino de su objetivo, le comunican de la capital ex virreinal que ha sido elevado al grado de Brigadier. Lejos de halagarlo, lo aflige: “me deja en la mayor consternación”. Ahora se “echaría encima una cantidad de envidiosos: lo sentía más que si me hubieran dado una puñalada”. ¿Asombroso? Tal vez no tanto; conocía el ambiente reinante entre la clase de gente que contaba en la ciudad porteña. Años de tratar con mercaderes lo habían conducido a opinar sobre ellos en términos nada halagüeños. Quien más lo hostilizó fue Juan Ramón Balcarce, que llegó a oponerse a que el cuerpo de Húsares fuera en su auxilio. En su trato con oficiales y soldados fue descubriendo la calidad de los hombres, muchos de los cuales fueron constreñidos a ser soldados de una causa que no sentían como propia, o porque continuaban adheridos al desventurado Fernando VII y no querían aventuras libertarias.

El 16 de diciembre de 1810, le escribió indignado a Saavedra desde Candelaria: “¿es posible que todavía tenemos (sic) inicuos en nuestro propio seno?”. La realidad humana mostró su rostro auténtico en un tiempo de grave crisis. Los desagrados y las desilusiones le quitaban el sueño. No era nada fácil ser el jefe de sus paisanos, los más de pura entraña popular. Y para peor, los paraguayos lo sorprendieron con conductas poco comprensivas para sus propósitos. El 31 de enero de 1811, le escribió de nuevo a Saavedra que “los salvajes paraguayos solo se pueden convencer a fuerza de balas”. Las multitudes que debían acogerlo a los gritos de Viva La libertad no se hacían escuchar. Estaba en el cenit de su desilusión, tal vez un tanto confuso. Lo que creía lógico no funcionaba. Había idealizado lo que aun no conocía, y al conocerlo sentía una angustiante decepción. Los paraguayos distaban de darle una acogida cordial; pero después de derrotarlo en los campos de batalla lo escucharon con atención y sumo

interés. Sus argumentos, racionales y emocionales, dichos con elocuencia, dejaron una semilla positiva. Tuvo atentos oyentes, pero no disolvió el fuerte sentimiento autonómico que dominaba el espíritu de los guaraníes, producto del trato discriminatorio que habían recibido bajo la autoridad colonial que la Primera Junta parecía reeditar. De Buenos Aires venían aires cargados de un insostenible centralismo autoritario, encarnado en un poder en el que debía prevalecer el interés mezquino de la burguesía mercantil, aferrada a la Aduana, única fuente de ingresos públicos. Persuadir aplicando sanciones económicas y luego la fuerza física llevaba al fracaso. Belgrano lo entendió y, en la derrota, utilizó una fraternal diplomacia.

Los motivos de preocupación de don Manuel venían de la propia Junta y no se hicieron esperar. Las miserias personales no eran escasas. Algunos juntistas no eran trigo limpio, carecían de la honestidad que requería la grandeza de la gesta que se iniciaba. El comerciante catalán Juan Larrea era uno de ellos: velaba por sus negocios en detrimento de las finanzas del colectivo del que formaba parte, lo que no evitó hacer de él uno de los próceres de Mayo y que una calle porteña lleve su nombre. Cabe agregar que entre el “moderado” don Cornelio y el secretario Moreno reinaba un clima nada cordial: dos proyectos se enfrentaban y dos hombres se detestaban. Belgrano y Juan José Castelli estaban con Moreno: eran los exaltados jacobinos. El 5-6 de abril de 1811, el saavedrismo desató lo que bien podría considerarse el primer golpe de fuerza, en un ámbito cuyo partido morenista ya hablaba en voz alta de independencia. Desde finales del año 1810, el joven Moreno ya no residía en el mundo de los vivos. Las cosas no pintaban bien para los partidarios de un proyecto de emancipación con transformaciones radicales en todos los órdenes de la vida colonial.

## **Belgrano, economista y educador**

El abogado graduado en Salamanca había leído, estudiado

y asimilado abundante literatura económica. En los años que ofició de secretario del Consulado tuvo paz y silencio en dosis suficientes para masticar cómodamente sus saberes y generar ideas sobre un posible desarrollo de la economía colonial. A diferencia de su futura aventura paraguaya, aquí estaba en un lugar que era el naturalmente suyo, sin idealizaciones posibles ni falsas visiones. Sus vehículos de expresión eran las *Memorias* anuales, que redactaba como parte de su función burocrática, y el *Correo de Comercio*, publicación de la que era editor desde el 3 de marzo de 1810 y que seguiría apareciendo hasta poco después de Mayo.

Belgrano defendía la agricultura como una “madre fecunda que proporciona todas las materias primas que dan movimiento a la industria, al comercio y a las artes”. Entre los puntos capitales de su ideario económico estaban su proteccionismo y la conveniencia de agregar valor a las exportaciones, casi en su totalidad de materias primas de origen vacuno. Advertía: “La importación de las mercancías que impide el consumo de las del país, o que perjudica el progreso de sus manufacturas y de su cultivo, lleva tras de sí, necesariamente, la ruina de una nación”. La importación de objetos de lujo era igualmente nociva, porque era pagada “con un fruto que el país no produce”: la plata potosina, que después de Mayo huirá a raudales de estas tierras. (Es una tara de origen que persiste, cumplió varios siglos y define el papel que los poderes mundiales siempre le atribuyeron a la Argentina en una división internacional de tareas, con la colaboración y aprobación de una clase social generada localmente por esa función.) En la mentalidad colonial-mercantil que hervía en los cerebros de los mercaderes porteños, con mucho el grupo social dominante, primaba el objetivo de hacer y multiplicar fortuna usando todo tipo de argucias execrables, de las cuales el contrabando era la más importante, así como engañar al fisco, que entonces tenía la Aduana como su principal fuente de ingresos. Se venía al Plata a ganar dinero utilizando todos los procedimientos que conforman lo que se conoce como corrupción, y no a procurar una nueva patria ni una mejor posibilidad de vida.

Belgrano quería un Estado activo. Recomendaba cuidar especialmente las industrias de hilado de lana, de algodón y de cueros, e incentivar los cultivos industriales de cáñamo y de lino. Eso ocurrió siete años antes que de David Ricardo presente su teoría sobre las ventajas comparativas, que obviamente seducían a aquellos que renunciaban a manufacturar materias primas y preferían limitarse a producir y exportar productos poco menos que en estado bruto. En el paraíso de las vacas, parecía una insensatez poner los ojos en procesos más complicados que cuerear semovientes vacunos. Al comercio libre e irrestricto el secretario del Consulado oponía la protección de las manufacturas nativas y la importación de máquinas y útiles de trabajo, junto con las personas hábiles para cuidar de ellas y enseñar su manejo. En sus años de residencia en España, Belgrano no pudo ignorar la Revolución Industrial que se estaba desarrollando en la Gran Bretaña, precisamente en la industria textil del algodón. Un complemento necesario era la formación de competente material humano, mediante la puesta en marcha de una política de jóvenes becarios, enviados a Europa para instruirse en las nuevas y revolucionarias artes industriales. Y aquí, de nuevo, era necesario mencionar el papel del Estado.

Educar era para Belgrano un concepto más abarcador que las viejas nociones y prácticas vigentes en la atrasada España y sus colonias. En 1795 recomendó fundar una Escuela de Agricultura. Trabajar la tierra, como él la concebía, era un saber que consistía en mucho más que arrojar una semilla, y sobre todo algo mucho más productivo que sentarse a tomar mate hasta que germinara.

Otra recomendación belgraniana fue cuidar el medio ambiente, proteger la madre tierra del mal trato, de la desertificación y otras humillaciones; proteger los montes y la sombra de los árboles porque conservan la humedad de los suelos “y quebrantan los aires fuertes”. El 8 de setiembre de 1810, escribió en el Correo que “la importación de materias extranjeras para emplearse, en lugar de sacarlas manufacturadas de sus países, ahorra mucho dinero, y proporciona la ventaja que produce a las manos que se

emplean en darles una nueva forma”. En otro número del órgano de prensa que dirige propone crear una marina mercante, porque no tenerla, argumenta, el país “dependería absolutamente de los pueblos navegantes”. (Esta es una clara alusión a Gran Bretaña.) En congruencia con esta idea de política económica, propuso subsidiar los barcos nacionales otorgándoles “gratificaciones por tonelada para ponerlos en estado de sostener la concurrencia de los extranjeros en los ramos que se quiera sostener”.

La educación popular generalizada era otra de las obsesiones de don Manuel. Postularía la diseminación de escuelas primarias gratuitas en todos los rincones de la patria; dejó bien claro: escuelas para pobres, para agregar (en la *Memoria* consular de 1802) otra propuesta que en su tiempo debió ser de una osadía intolerable: escuelas para el sexo femenino. Como “sin enseñanza no hay adelantamiento” él se negaba a convivir con una masa popular ignorante. Luego, como jefe militar, en repetidas ocasiones atribuyó la indiferencia de gentes del piso social a sus carencias y desconocimiento de lo que era la libertad que nunca habían conocido.

Le preocupaba estimular el amor al trabajo. A propósito de la Academia de Geometría y Dibujo, que tuvo corta vida, explica que el dibujo es útil a todo “menestral”: al carpintero, al bordador, al sastre, al herrero y hasta al zapatero porque este bien hará un zapato, sin el ajuste y la perfección debida si no sabe dibujar. Por añadidura, “los filósofos principiantes”, si ignoraban el dibujo, “no entenderán los planisferios de las esferas celeste y terrestre ni los armilares que se ponen para el movimiento de la tierra y de los planetas”.

Belgrano sabía con quiénes no podía contar para la empresa educativa. Era gente con que alternaba diariamente, y que consumía sus días en la carrera de ganar dinero. Y de ganarlo sin escrúpulos morales en una perversa coincidencia (mezclada de disputas) entre mercaderes particulares y burócratas al servicio de sí mismos, que simulaban estar al servicio de la corona; gente que gastaban sus días urdiendo negocios en los conciliábulos

de los cafés porteños. Belgrano ya había pasado aflicciones y humillaciones cuando era un joven universitario en España, cuando su padre, el poderoso Belgrano y Peri fue preso por defraudar la Aduana y le confiscaron su cuantiosa fortuna personal. Esa experiencia debió de quedarle hondamente grabada, al punto de influir sobre su accionar político y su desprecio a los mercaderes. En su *Autobiografía* los califica así: “nada se haría a favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían los del común”. Para ellos, “no había más razón ni más justicia, ni más utilidad, ni más necesidad que su interés mercantil; cualquier cosa que chocara con él, encontrará un veto...” Luego agregaría: “el comerciante no conoce más patria, ni más Rey, ni más religión que su interés propio. Cuando la primera invasión inglesa prestó su rápido reconocimiento a la dominación británica”. Como jefe del ejército enviado al norte y al Alto Perú, Belgrano vivió una singular experiencia. Un Anchorena, miembro de la poderosa familia de mercaderes porteños, se enroló en la fuerza armada como secretario del general. En la correspondencia que mantuvo con su familia, los asuntos de comprar y vender, de éxitos y fracasos de ventas en las localidades por donde pasaba la tropa, de faltas o invendibles, ocupaba más espacio que la guerra, las adversidades, las carencias y los duros acontecimientos diarios que enfrentaban el general y la tropa. En momentos de gran incertidumbre, era asombroso cómo el interés del comerciante adquiriría prioridad en las noticias y preocupaciones que relataban las misivas. Andrés Carretero, el historiador que reveló este repetido episodio, también documenta que miembros de la misma familia acostumbraban a enviar al exterior onzas de oro, resultado de sus ganancias en estas latitudes, embutidas en hormas de queso, como forma de eludir tributos. La condición colonial se reflejaba en ese descompromiso con la tierra y las personas que producían esas onzas; en esa ausencia de todo interés en que no interviniera el metal poco menos que sagrado.

Finalmente, cuando el gobierno quiso recompensar a los vencedores de Salta, don Manuel le respondió categóricamente a la Asamblea del año XIII, el 31 de marzo de 1813: “nada hay más

despreciable para el hombre de bien que el dinero o las riquezas, y que adjudicarlos en premio no solo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que subroguen el bienestar particular al interés público”. Pedía que los 40.000 pesos que le habían ofrecido como retribución por el triunfo salteño fueran invertidos en la erección de cuatro escuelas de primeras letras en cuatro ciudades distintas. No era con esos mercaderes, de los que su padre había sido un ejemplo, que se construiría la patria. Él viviría en la pobreza y se iría de este mundo encima de un delgado y desgastado colchón arrojado con displicencia sobre un catre miserable.

## Belgrano y San Martín

Don Manuel lo admiraba como militar y como persona. En una carta a Güemes, fechada el 29 de junio de 1817, contó que San Martín le había ofrecido ayuda económica proveniente de sus ahorros: “esa sí que es prueba de la unión (...) el asunto es socorrernos mutuamente y conservar esta máquina hasta que se ponga en el estado que debe”. El 10 de agosto, en otra misiva al caudillo norteño, escribió: “nuestro San Martín me dice: ‘que cuando le paguen parte de lo mucho que le deben, me remitirá cuanto dinero pueda’”. Belgrano tendría la misma actitud: el 15 de noviembre de 1811 le comunicó al gobierno porteño que solo pretendía cobrar la mitad del sueldo que le correspondía como jefe de Patricios. Y luego del triunfo de Salta, no quiso para sí los 40.000 pesos que le obsequiaron, sino para construir cuatro “escuelas públicas de primeras letras” en otras tantas ciudades del interior, con la finalidad de enseñar “los primeros rudimentos de los derechos del hombre en sociedad”. Cuando el 25 de setiembre de 1813 se dirigió a San Martín, quien al parecer lo había felicitado por la victoria de Salta, le dijo: “¡Ay, amigo mío! ¿Y qué concepto se ha formado usted de mí? Por casualidad, o porque Dios lo ha querido, me hallo de general sin saber en que esfera estoy: no ha sido esta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio

desempeñarme y cada día veo más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación”. Al año siguiente, el 26 de febrero de 1814, desde Tucumán, en una carta a Arenales se felicitó de que el ejército “tenga un jefe de conocimientos y virtudes, y digno del mayor y más distinguido aprecio”. Ese jefe era San Martín, a quien había entregado complacido el mando, “permaneciendo yo a sus órdenes a la cabeza del Regimiento número 1, no sin antes rendirle los respetos debidos a su carácter”. En 21 de abril del mismo año, desde Santiago del Estero, insistió ante San Martín: “Mas yo estoy hablando con un General militar que yo no lo he sido, ni soy”. En otro momento le escribió que lo quiere como “maestro, amigo, compañero y jefe”.

## El ejército y el frente interno

La correspondencia en la que Belgrano desahogó sus angustias constituye un documento fascinante de lo que sentía y pensaba un hombre comprometido a muerte con la que para él era más noble de las causas. Formado en el universo humano de los dominadores, en la fracción más alta de la burguesía mercantil colonial, esa condición y la educación en España estarían presentes en sus ideas.

La desertión en el ejército era un problema crónico. Los que huyen “perjudican los intereses de los particulares por donde pasan”. Muchos habían sido reclutados a la fuerza. Otros se habían sumado por seguir a un caudillo, más que una causa. El 3 de junio de 1812 anotó que “la retirada lo ha trastornado todo (...) a más de haberse desertado tantos, y de los buenos soldados”. Luego exclamó con no disimulada indignación: “Por Dios, no me manden moralla, que tengo a montones, de lo más inútil y de lo más malo”. Moralla, una mala palabra, un algo despreciable, aparece explicitada en una correspondencia del 23 de diciembre de 1813: “no estoy contento con esa canalla de libertos (esclavos negros liberados. L.P.), los negros y mulatos: son una canalla que tiene tanto de cobarde como de sanguinaria”. Duras palabras,

poco comprensivas de esa gente sometida durante generaciones a las condiciones de vida más viles que entonces podía imaginarse. ¿Qué esperar de ellos? Seres humanos de una humanidad infinitamente menoscabada, su problemática era absolutamente ajena a la de los criollos blancos, sus tradicionales victimarios y cotidianos aleccionadores de una menor valía, equivalente a una suerte de sub humanidad. Difícilmente podían coincidir con los que ahora los reclutaban contra su voluntad y los constreñían a luchar y exponer la vida por una causa que distaban de ver como suya.

Belgrano anotó el 21 de agosto de 1816, a pocos días de la declaración de la independencia: “estoy empeñado en limpiar el ejército de hombres indignos de llevar el uniforme (...) sin milicia honrada y en orden, es imposible que se sustente nuestra nación”. En correspondencia escrita en varios momentos de 1817 pidió que le enviaran “prisioneros y pasados para aumentar nuestra fuerza”. Con posterioridad anunció que prisioneros y pasados “se nos desertan”: la mayor parte de la milicia “ha sido la autora, con su conducta, de los terribles males”. Cabe agregar que los oficiales eran ineptos, no estaban motivados y eran remisos a la rigurosa disciplina que obsesionaba a Belgrano. Se quejaba de la oficialidad que le fue asignada: “es una desgracia, particularmente la del sistema antiguo”. Fuera de Warnes, su secretario militar, Correa y Manuel Artigas, hermano del futuro prócer oriental, “todo lo demás no vale un demonio”. Manuel Dorrego fue una excepción: brillante soldado, pero mala persona, lo hostilizó, le desobedeció, se burló de él, se empeñó en ofenderlo.

Belgrano no debía ignorar los acercamientos personales, reconocimientos de derechos y concesiones materiales, concretas, visibles y palpables que su pariente Castelli había otorgado a los nativos altoperuanos, tan maltratados secularmente como los negros y otros grupos subalternos. También debía saber de las valiosas adhesiones retribuidas por ellos a la causa que encarnaba Castelli. Habían recibido agrados materiales y derechos. Eran reconocidos en su plena humanidad y eso marcaba una diferencia

radical con el tratamiento tradicional, que los equiparaba a animales de servicio. Al fin de cuentas, los nativos no eran tan impenetrables a una política que revolucionariamente los trataba como lo que eran: seres con dignidad y derechos humanos. Las criaturas humanas reducidas a la máxima degradación exigían ser tratadas con métodos opuestos a los que conquistadores y dominadores en general usaron como instrumento cotidiano. Los grupos sociales subalternos coloniales no estaban constituidos de objetos pétreos indiferentes, indiferentes a su propia suerte. La formidable insurrección liderada por Tupac Amaru estaba grávida de una de las mayores tragedias de la historia humana y había sacudido al imperio español. Y en cuanto a los esclavos, los kilombos brasileños eran prueba de que los negros no tenían esclavizada el alma y sabían luchar por su libertad con fuerza e ingenio.

Relatando su visión de esa fracción de humanidad popular, habitante de un universo existencial tan distante del suyo, Belgrano le escribió el 1º de agosto de 1812 a Rivadavia (miembro prominente del Primer Triunvirato): “si me diera tiempo el enemigo, lograría avivar a estas gentes, que son la misa apatía; estoy convencido de que han nacido para esclavos, y que necesitan sufrir más al vivo los rigores del despotismo para que despierten del letargo”. Y el 10 de setiembre de 1813, desde Potosí, le dijo en un tono muy diferente al gobierno de Buenos Aires: “mientras los jefes de provincia, no sean muy escrupulosos en respetar la seguridad individual de sus habitantes, y ciegos por la justicia, caiga en quien cayere, sin obrar con prevención, no se tranquilizarán los Pueblos, no tendrá crédito nuestro gobierno, no merecerá aceptación nuestra causa, y lo que es peor, que los Pueblos se irán posesionando, como ya sucede en el día, de una idea general de federantismo (sic, federalismo) de la que no sabrán hacer el uso que corresponda, aun cuando sea útil, por no proceder del deseo del bien común, sino de la exasperación que han concebido e irán concibiendo por la mala conducta de los mandones”. No le ocultó a San Martín su desazón; le escribió el 25 de diciembre de 1813 desde Jujuy: “he andado los países

en que he hecho la guerra, como un descubridor, pero no acompañado de hombres que tengan iguales sentimientos a los míos, de sacrificarse antes de sucumbir a la tiranía (...), porque la América, aún no estaba en disposición de recibir dos grandes bienes, la libertad e independencia”.

Toda una visión de la realidad, interpretada por una lógica inapta para entender cabalmente la mentalidad de los nativos, de los grupos subalternos en general. Dicha lógica pedía violencia donde los sentimientos y las razones de personas “civilizadas” chocaban con cerebros irredimibles, donde la palabra barbarie lo decía y lo sintetizaba todo. Belgrano juzgó el mundo con instrumentos intelectuales que en el ámbito de la sociedad a la que pertenecía pasaban por ser los únicos atinados, de valor universal y atemporales. Ellos suponían “ver” el mundo desde un punto de vista producido por productos humanos engendrados en el curso de procesos históricos únicos y específicos, entre otros, también únicos y específicos vividos por diferentes colectivos humanos. En dichas vidas se forjó la convicción de que lo suyo, sus visiones de mundo y sus puntos de vista son verdaderos, correctos, propios de gente accedida a la condición “civilizada”. No entender lo que subyace en apatías, indiferencias, desinterés, deserciones “del deber moral” y otras fealdades de esta índole fuerza a usar la violencia, como si esta pudiera doblar lo más hondo del espíritu de los empedernidos transgresores, de los “endurecidos en el error”.

La lógica con la que Belgrano juzgó, las conclusiones a las que lo condujo, lo traicionaron. No solo lo llevó a no entender las conductas populares, lo sumió en el fracaso; un fracaso que su heroísmo no logró cancelar enteramente, pero le dio la chance de obtener dos victorias decisivas: Tucumán y Salta. Los reclutamientos que se hicieron ignorando la voluntad del reclutado fueron un grave error. Ganada la batalla de Tucumán la caballería, que tuvo un papel decisivo, se dispersó: con el botín obtenido, los bravos jinetes retornaron a sus querencias. No se sentían soldados de ese ejército. ¿Qué los llevó a participar? ¿Una poderosa

convicción libertaria o el potencial botín? En Belgrano yacía la idea que el llamado a la conquista de la libertad e independencia sería respondido a la altura de su magistral significado. Obtuvo brutales decepciones. Su respuesta fue adjetivarlos duramente y operar en consecuencia. Para mayor desconuelo, el general comprobó que la sociedad colonial había producido mucha canalla, mucho detrito humano: los conoció entre los de su clase, o para ser más justos, en la de su padre, clase que abominó sin cuidar palabras. Se daba en aquella sociedad una estructura de relaciones humanas que solo podía generar injusticia. Pero entre estos productos estaban los Belgrano, los Moreno, los Castelli, las excepciones que confirmaban una regla casi implacable. El hecho de que el desarrollo de una sociedad transcurriera en el fango social no impedía reproducirla, pero la reproducía con todas sus taras. El sistema de odios, envidias, ambiciones desenfundadas y hábitos violentos no podía generar seres humanos virtuosos: debía producir chatarra humana, mentalidades y comportamientos que distaban de tender a la hermandad, la solidaridad y la amistad despojada de intereses bastardos.

La causa de Belgrano no podía ser la de los nativos: indios, esclavos, libertos o alguna de las mezclas que complejizaron el panorama humano colonial. Todos estos conjuntos humanos, más que drama, cargaban una tragedia agobiadora. Esa gente vivía en insuperable antagonismo con quienes constituían la sociedad “civilizada”. Sus percepciones de la realidad y sus sentimientos tenían como punto de partida la opresión, el menoscabo, una historia de devastaciones humanas. La civilización europea, desarrollada como dominación, miraba y entendía desde una singular y presuntuosa atalaya de la que los indios exterminados masivamente en las minas de plata, los libertos y los esclavos carecían: su punto de mira era el suelo social, donde convivían con el barro y los detritos, un lugar sin posibles engaños.

El espíritu de Belgrano estaba invadido por el desencanto y el escepticismo. Al ingresar a la lucha con el mayor entusiasmo y una confianza plena en la excelente recepción que los pueblos

brindarían al mensaje de la Primera Junta, sucedían como inesperados cachetazos las verdades de la realidad. La libertad y la independencia no eran valores prioritarios, apreciados unánimemente y entendidos por igual, como él los entendía y apreciaba. Lo que había sentido, desde que se había visto envuelto en la tormenta de ideas provocada por la Revolución Francesa, distaban de sentirlo los hombres que construyeron sus existencias impregnados de una ignominiosa Colonia. Cuando se crece y se vive en medio de la corrupción, la falsedad, la hipocresía y la reducción a una suerte de sub humanidad, cunde la idea nada consoladora de que la sociedad es un efecto de la fallida constitución de la criatura humana, a la que le son negadas —o no le son inherentes— la honestidad, la generosidad y la amistad sin cera.

El valor moral de Belgrano era inmenso. Estuvo al servicio de una nación en ciernes, y su sacrificio personal fue absoluto. A diario comprobaba que en el paisanaje aún no había arraigado la idea nacional, o sea la identificación y el sentido de pertenencia a una entidad que se erigía por encima del pago, la querencia, el lugar de las experiencias inmediatas. Tanto él como San Martín, que había pasado la mayor parte de su vida en Europa y terminaría allí sus días, coincidieron en una idea: una América hispano-indígena, una sola nación.

Los aborígenes vieron en él su pertenencia al linaje étnico-cultural que conquistó y destruyó civilizaciones con un derrotero propio, impulsadas por una dinámica autónoma; alguien de un linaje étnico-cultural que esclavizó y exterminó millones de personas y tendió un negro velo de oprobio sobre los pueblos que dominó. Que él fuera inocente e inimputable de todo crimen no lo libraba del baldón que podían endosarle las víctimas varias veces seculares de gentes de su estirpe “civilizada”. La lucha por la independencia fue sentida y entendida por los nativos del llamado Nuevo Mundo no como una causa de ellos, sino como una disputa entre fracciones del universo dominador cuya imagen de la realidad americana nació desde el primer día de la conquista

filtrada por las lentes deformantes del prejuicio; imágenes preconcebidas, anteriores a cualquier experiencia directa. Para los europeos resultó ser barbarie todo modo de vida, toda concepción de la realidad que discrepara de lo tenido en Europa como el paradigma de la civilización. Extraños, ajenos y distantes, los nativos del continente, reducidos a diferentes formas de opresión, incluyendo la esclavitud de los africanos, desafiaban con su sola presencia los valores de la civilización europea, tenidos por los retoños de ella como el modelo válido de convivencia entre humanos, amparados además por el único Dios verdadero. El resultado fueron montañas de escombros y mares de sangre. Y aquellos como Las Casas, que vieron y entendieron la realidad humana aborigen con una lógica más comprensiva, fracasaron en la tarea de humanizar la relación con los nativos.

La posteridad priorizó el recuerdo de Belgrano como creador de la bandera. Pero se insiste: su grandeza moral, su desprendimiento y su condena verbal a la clase dominante que lo dejó morir en el anonimato y la miseria no tuvieron el eco que merecían tener. Hoy sigue siendo un ejemplo de entrega a la más noble de las causas. Fue lo enteramente opuesto a su padre, cuya fortuna había sido amasada importando esclavos negros, entre otras mercancías. Sin duda que su fervor religioso lo ayudó a enfrentar con admirable estoicismo las adversidades que empedraron sus años como militar.

Belgrano encarna el drama de una revolución que quiso ser en el propósito de sus jacobinos, y acabó derrotada por no encontrar la masiva base social que asegurara su triunfo.

## Bibliografía

Belgrano, M. (2001). *Epistolario*. Buenos Aires: Editorial Taurus.

Carretero, A. (1970). *Los Anchorena. Política y negocios en el siglo XIX*. Buenos Aires: Ediciones 8a Década.

Fernández López, M. (1990). La Revolución Francesa en el pensamiento y la obra de Manuel Belgrano, en *Imagen y Recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Garin, J. (2010). *Manuel Belgrano. Recuerdos del Alto Perú*. Buenos Aires: Editorial Dunker.

Pomer, L. (2012). *Continuidades y rupturas*. Buenos Aires: Editorial Colihue.